

ARTE Y LITERATURA

Semi-Leyenda de Navidad

Y A era la noche. La mejor de las noches: la Nochebuena. La noche alegre llena de villancicos y zambombas, con pavo, champán, turrón y el familiar brasero.

¡Qué tristeza más infinita sentía Javier! Ferviente católico y gran patriota fué de los primeros que se alistó en la División Azul y ahora seguía, de rodillas y ausente a cuanto le rodeaba, la Misa del Gallo que los españoles organizaron en aquella vieja capilla del poblado ruso cubierta de nieve.

Dulces recuerdos de otras Navidades pasadas en la Patria, le embriagaban de tal manera, que sus labios, en vez de oraciones, pronunciaban los nombres más queridos. El órgano, con sus sonoros acordes que dejaban paso, de vez en cuando, a chorros de arpeggios ligeros, como risas de niños, ayudaba a pensar. Sus padres y hermanos; ¡cuanto le recordarían, más que nunca, en esa noche! Su novia, bonita y buena, estaría, como él, rezando al Niño Dios... El soldado que estaba a su lado se levantó cediéndole su lugar a alguien.

Atraído por una fuerza incontenible, Javier volvió la cabeza. ¡Qué visión, Dios mío! Cerró fuertemente los ojos. Quería retener la imagen querida que, la fantasía sin duda, le había hecho ver a su lado.

El soldado que oficiaba de monaguillo agitó la campanilla anunciando, con la voz más alegre del año, que se acercaba el momento más solemne de la Misa.

A los sonos del Himno Nacional español, Dios se alzaba delante los hombres.

¡Qué temblor en el corazón de aquellos valientes españoles! ¡Jamás la noche fué tan sagrada; el himno tan emocionante!

Javier seguía con los ojos cerrados. Sus manos, fuertemente enlazadas, decían de las emociones que sentía en aquellos instantes.

Después de la Elevación un suave roce en el brazo le obligó a abrir los ojos y, por segunda vez, volvió la cabeza. Sus ojos expresaron tan asombrada emoción, puso tal cara de estupor, miedo y alegría, que su novia, sólo acertó a decirle con voz entrecortada «Felices días». El repuso de la manera más original: ¿Sueño? Las palabras le volvieron a la realidad: ¿Pero eres tú? ¿Cómo estás aquí? ¿Qué ha pasado? Hubiese seguido preguntando, preguntando... que miles de frases y frases le subían del corazón. Pero su novia le indicó silencio y le dijo sonriente y contenta: «Luego sabrás».

El resto de la Misa transcurrió en un soplo. ¡Que cambio en el ánimo de Javier! La curiosidad no le permitía estar quieto. La alegría que sentía transformó la capillita en catedral; el pobre altar se adornó con miles de angelitos que reían escuchando los latidos de su corazón. El aire se llenó de villancicos juguetones. Se sentía feliz, inmensamente feliz y hubiese querido prolongar aquellos momentos eternamente; pero al mismo tiempo quería que se acabase la Misa; poder salir del recinto sagrado para gritar su contento, para que le explicase su novia qué había hecho aquel milagro. Se acabó la Misa y Javier cogió del brazo a su novia y la precipitó fuera; había llegado con otras camaradas y aquello parecía un rincón español. La noche clara y helada se llenó de saludos, risas, felicitaciones; pero azuzados por el frío pronto entraron, hablando todos juntos, en una cantina cálida y acogedora.

Por fin se explicó la agradable visita; todas ellas eran las encargadas de entregar a nuestros heroicos voluntarios, el aguinaldo de Navidad que la S. F. de F.E.T. y de las J.O.N.S. les mandaba.

Pasada la gran alegría de los primeros momentos, una pregunta atormentó todos los labios: ¿os marcháis pronto? Javier la hizo como distraído. Mirando muy fijamente a la pared, como si en ella viese algo muy importante. La contestación le hizo cerrar los ojos, como deslumbrado. Hasta podrían, los dos juntos, tomar las doce uvas del Año Nuevo. Y entonces sí que resonaron en el alma de Javier las voces, hechas canciones, que lanzaban, hacia el Cielo, todas las campanas de la cristiandad.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

CORAL MONTAGAD

VERSOS CLÁSICOS

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

PENDER de un leño, traspasado el pecho,
Y de espinas clavadas ambas sienes,
Dar tus mortales penas en rehenes
De nuestra gloria, bien fué heroico hecho;

Pero más fué nacer en tanto estrecho,
Donde para mostrar en nuestros bienes
Adonde bajas y de donde bienes,
No quiere un portalillo tener techo.

No fué esta más hazaña, oh gran Dios mío!,
Del tiempo, por haber la helada ofensa
Vencida en tierna edad con pecho fuerte

(Que más fué sudar sangre que haber frío),
Sino porque hay distancia más inmensa
De Dios a hombre, que de hombre a muerte.

LUIS DE GÓNGORA
(1561-1627)

Navidad, es la llegada de la paz

NAVIDAD, Nadal, Noël, Christmas, Natale... un mismo nombre con sabor de todas las latitudes, un mismo misterio rememorado por todos los pueblos; un mismo evangelio creído y adorado por todas las razas.

La venida a la luz del Mesías, profetizado y esperado a lo largo de cuatro mil años, es un dogma que, pese a su periódica representación, encierra para muchos un cúmulo de oscuridades. Ya la comunidad talmúdica de los tiempos mesiánicos, negó rotundamente al tierno y humilde Niño Jesús la divinidad y misión redentora que traía con su venida. No solamente le negaron, sino que le persiguieron; con la misma furia que hoy sus sucesores le persiguen en su Obra, la Iglesia.

Nosotros creemos en Jesús, en su nacimiento y en su muerte, en sus obras y en sus palabras, en la Iglesia y en su Evangelio y cada año, a través del ciclo litúrgico celebramos los misterios de su vida.

Navidad, es la llegada de la paz, ofrecida por voces angelicas; paz de espíritu a la buena voluntad, paz de paloma y ramo de oliva a los hombres y a los estados.

Felices los niños que sobre figuradas montañas esparcen blanco de España y sitúan entre el verdor rebaños simbólicos, pastores inmóviles y luces de artificio.

Felices los que ante cuevas de corcho y estrellas fugaces de larga cabellera argentea, pasan horas y horas pensando si la derecha correspondía al buey o a la mula, en el primer belén, solitario y pobre, sin aeroplanos, sin combinación de luces, sin mesas como las que soportan tan abigarradas muchedumbres de pastores, lavanderas, ángeles, leñadores, reyes y caminantes.

Y felices también los que sin tener en casa montado el sencillo belén adoran con fe inquebrantable la divina humanidad de Jesús-Niño, que desde la cueva navideña tiene para todos, miradas de paz y sonrisas indefinibles.

BLAS AZPILLAGA MENDIOLA
Director de la Academia Pericial Mercantil «AZCA»